EN EL TECHO DE SUAZILANDIA

Su nombre parece sacado de un cuento, pero el desconocido reino de los suazis condensa a pequeña escala la esencia de África. Desde su independencia en 1968, el clan real de los Dlamini dirige a su pueblo, una etnia bantú orgullosa de su cultura ancestral y de su territorio, en el que todavía se puede encontrar alguno de los cinco grandes en libertad. Nosotros, como no podía ser de otra forma, nos habíamos fijado como meta alcanzar el punto más alto del país...

En las faldas del Emlembe

EMLEMBE

Tras más de cuatro horas de trayecto en coche desde Johannesburgo, dejamos atrás la ciudad sudafricana de Barberton para dirigirnos a través de las montañas de Makhonjwa al puesto fronterizo de Josefdal, donde llegamos apurados un poco antes de su cierre a las 16:00 h. En la oficina dos mujeres nos revisan el pasaporte, mientras otros cinco funcionarios nos miran de reojo con curiosidad mientras permanecen sentados viendo la televisión. Tras un rápido e indiferente vistazo al maletero de nuestro coche, se levanta la barrera y Suazilandia nos da la bienvenida.

Rinocerontes de Mkhaya

TEXTO Y FOTOS

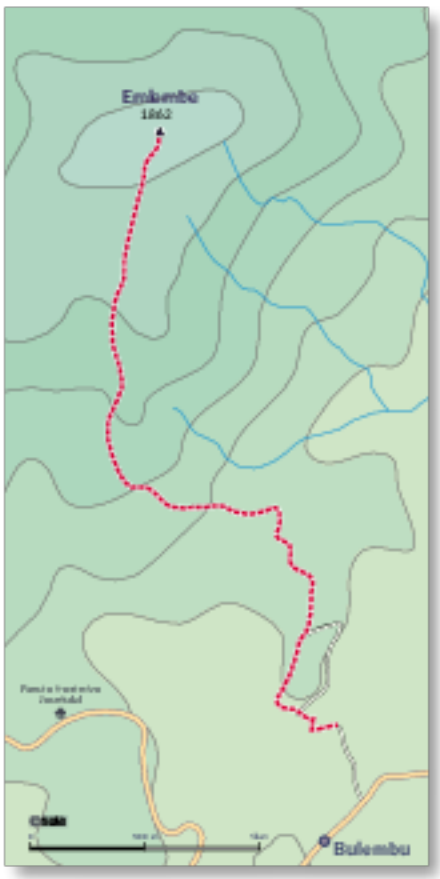
José María Torres
(Barakaldo, 1973)

Ingeniero industrial de profesión, inicia su afición a la montaña, como muchos jóvenes mendizales de la Margen Izquierda, con recorridos por los montes de Triano para descubrir posteriormente, de la mano del Club Alpino de Sestao, Picos de Europa y Pirineos. Ascender montañas recónditas en países alejados de los circuitos más visitados, le ha ido llevando a los techos de Ucrania, Albania, Kosovo, Bosnia, Islandia, Armenia, Camerún, Omán o Irán entre otros.

Apenas un par de kilómetros después llegamos a Bulembu, lugar donde nos alojaremos para ascender el techo del país a la mañana siguiente.

Bulembu, situada en el noroeste de la región de Hhohho, fue en su día un importante centro minero, gestionado por la compañía inglesa Havelock hasta 1991, fecha en la que tras entrar en bancarrota fue agonizando hasta su cierre en el año 2001. Durante más de 60 años se extrajeron toneladas de asbesto de las entrañas de la montaña, que luego se transportaban hasta Barberton a través de un cable aéreo de más de 20 km de longitud. Tras el cierre de la mina, hoy apenas quedan unas torretas oxidadas dispersas por la montaña, mientras que la vieja maquinaria del cable duerme en el modesto museo de la localidad. La liquidación de la mina supuso que la población emigrase a otras regiones en búsqueda de trabajo, quedando Bulembu convertida en una ciudad fantasma.

Antes de acostarnos, y cuando ya contábamos con una cerveza con la que relajarnos tras el largo viaje intercontinental, nuestro amigo Meni nos indica con una sonrisa que no íbamos a poder encontrar ninguna, ni en el *lodge* donde nos alojábamos, ni en todo el pueblo... En el año 2006 una organización cristiana sin ánimo de lucro adquirió la ciudad semiabandonada con el objetivo de convertirla en una comunidad sostenible. Hoy en Bulembu hay una clínica local, una pequeña industria maderera, una cooperativa que fabrica miel, otra que embotella agua mineral que se distribuye por todo el país, y una vaquería. Los beneficios de estas actividades revierten en la propia Fundación y en el orfanato donde decenas de niños, que han perdido a sus padres debido al SIDA que todavía asola Suazilandia, reciben educación. Los líderes de la comunidad han considerado oportuno que los menores no tengan ninguna posibilidad



de acceder al alcohol, así que no nos queda alternativa que sustituir la cerveza por una limonada...

El día amanece brumoso, y tras desayunar con Mseni, conocemos a Benjamin, que será nuestro guía en el ascenso al Emlembe, y que viste una llamativa camiseta con la efigie del rey Mswati III. En un buen inglés nos explica que no solo conoce bien las montañas, sino que es el policía y miembro del Consejo de su comunidad... Subimos por la calle central de Bulembu, dejando a nuestra derecha la panadería y la clínica hasta que encontramos un desvío por una pista de tierra a nuestra izquierda señalizado hacia la "Edudusi Nazarene Primary School". A un centenar de metros se encuentran los establos de "Bulembu Dairy" en el lugar que antiguamente ocupaba el campo de golf en los tiempos de la actividad minera, y cuyos *green* han sido reconvertidos hoy en pasto para las vacas. En este lugar (1230 m / 0 h) dejamos nuestro vehículo y comenzamos el ascenso por la pista de tierra, pasando junto a dos niños de corta edad que están guardando un rebaño de vacas y que posan orgullosos para que les hagamos una foto mientras nos piden con timidez un caramelo. Enseguida dejaremos el camino principal a la altura de una cerrada curva a la derecha, para progresar por un bosque de eucaliptos hasta el grupo de casas que constituyen la comunidad de Malanda (1310 m / 0h 10 min). Este es un humilde núcleo rural, formado por casitas de adobe y tejados de chapa, que atravesamos mientras nuestros amigos nos explican los requisitos que debe cumplir un joven suazi para formar su propio hogar: en primer lugar, ahorrar para comprar 17 vacas que tendrá entregar a la familia de la novia, y después donar otra cantidad de reses determinadas al jefe de la comunidad, quien finalmente otorgará el permiso para cultivar en usufructo la tierra que pertenece al rey. Dejamos a nuestra derecha la "Bulembu Church of the Nazarene" para subir hasta un collado de vistas despejadas en el que hay un depósito de aguas y desde donde podemos divisar la cima del Emlembe (1360 m / 0h 20 min). Desde este punto llaneamos en dirección oeste hasta entrar en un pequeño bosque a los pies de la ladera de la montaña, lugar donde los suazis acopian madera para su vida diaria. A partir de aquí la pendiente se endurece, aunque Benjamin, que conoce bien este terreno, encabeza la marcha a buen ritmo mientras el resto del grupo sudamos para seguir sus pasos. Apenas 15 minutos después ya hemos salido del bosquecillo, pero lejos de darnos un respiro, la cuesta no nos da tregua, y nuestras piernas deben seguir trabajando para superar el fuerte repecho que nos conducirá finalmente hasta la parte superior del cordal. La niebla de la mañana aún no ha desaparecido y las nubes bajas se mueven caprichosas permitiéndonos ver de vez en cuando el cielo azul que ocultan, mientras el silencio de la montaña nos envuelve. Avanzamos callados y en fila india por un sendero apenas perceptible entre la hierba seca, hasta que Benjamin nos saca de nuestra ensoñación para explicarnos que algunos de los postes de hierro que vemos clavados en el camino delimitan la frontera con la República de Sudáfrica. La frontera natural es el río Gundzo, que transcurre en el fondo del valle, aunque resulta difícil de asimilar cómo el ser humano ha podido llegar a definir barreras y límites de tránsito en estos espacios abiertos.

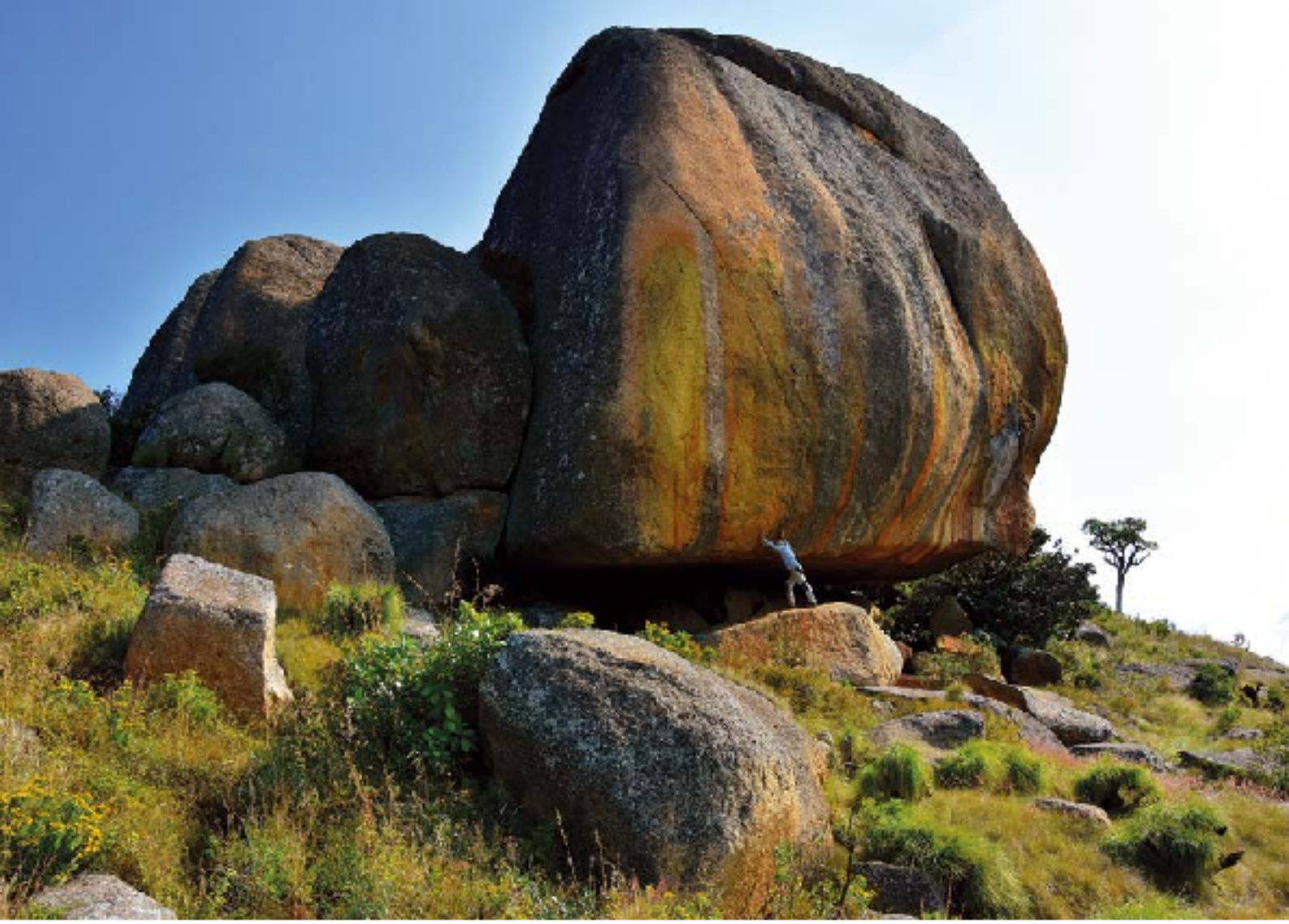
Con la vista puesta en la vieja torreta metálica de la cumbre, el camino ya no tiene pérdida y Mseni sonríe nervioso ya que va a pisar por primera vez el punto más elevado de su país natal. Hemos llegado al Emlembe (1862 m. / 1h 20 min) en el que, además de una caseta y la vieja estructura de hierro que sirvió algún día como repetidor de televisión, hay un gran montículo de piedras que han ido dejando los que han llegado a este remoto punto. Posamos felices para la foto de nuestro pequeño grupo; no es ni de lejos la montaña más alta que hayamos hecho, pero saboreamos este momento con la satisfacción de encontrarnos en el techo de Suazilandia, quizá una de las cumbres más desconocidas de África.

SIBEBE ROCK

Antes de salir de Bilbao habíamos leído sobre la existencia de una extraordinaria formación rocosa al norte de Mbabane cuya ascensión, aunque no técnica, sí requería de cierta dosis de adrenalina. Comparada en algunas webs con el monolito sagrado Uluru de Australia (también conocido como Ayers Rock), Sibebe es una enorme mole granítica de origen plutónico surgida hace millones de años de las entrañas de la tierra.

Nos despedimos por tanto de la comunidad de Bulembu por una impracticable pista que llega hasta Piggs Peak para continuar hacia el sur hasta la presa de Maguga, en el río Komati, la mayor infraestructura civil de todo el país que, aunque cuenta con una pequeña central hidráulica, está principalmente destinada al regadío de la caña de azúcar, uno de los principales productos que exporta el país. Unos kilómetros más adelante abandonamos el asfalto para perdernos por pistas de tierra en la Suazilandia más profunda. Bajo un intenso cielo azul, y sobre una tierra ocre rojiza que parece desangrarse, el paisaje está salpicado de pequeñas aldeas rurales dispersas y perfectamente organizadas. Y es que, tal y como nos explica Mseni, cada choza de la comunidad familiar suazi tiene su objeto y razón de ser: el corral para el ganado (símbolo de salud y prosperidad), las cabañas para los niños (chicos y chicas duermen por separado), la

Ascendiendo Sibebe Rock



Sujetando una roca en Sibebe..

del jefe de la comunidad, las chozas de cada una de sus diferentes mujeres, y la más importante, la "grandmother house" donde se aloja la madre del cabeza de familia y donde se realizan las reuniones familiares para resolver cualquier tipo de disputa.

Llegamos por fin a los pies de la imponente mole de Sibebe Rock donde nos espera Darron, un suazi descendiente de ingleses que llegaron a Sudáfrica en el s. XIX.. Nos acercamos al pie de la roca desnuda y contemplamos su gigantesco tamaño mientras nuestro guía nos ofrece unas recomendaciones para remontar la empinada ladera de granito. Aunque la principal es mantenerse lo más erguido posible para que nuestros pies tengan la mayor superficie de contacto con la roca, la pendiente es tan alta en algunas ocasiones que nuestras manos buscan instintivamente un apoyo para poder seguir avanzando por la pared. Darron encabeza la subida, progresando lateralmente en ocasiones, mientras parece buscar una nueva ruta de ascenso. Si encarar la subida directamente ya ofrece una buena dosis de adrenalina, caminar lateralmente sobre una roca que presenta tal inclinación nos hace sentir más expuestos y vulnerables a una caída que resultaría fatal, con lo que decidimos afrontar la subida lo más directamente posible. El sol está prácticamente en su zenit y nos sentimos como pequeños lagartos adheridos a esta inmensa piedra mientras vamos progresando, no sin sucesivos descansos, hasta que por fin la pendiente se suaviza, surge la vegetación y llegamos hasta las rocas de la cima. Las vistas sobre el valle son soberbias y el viento nos refresca y relaja tras el tenso ascenso. Darron nos habla de su proyecto en Swazi Trails, de su intención de equipar una vía ferrata en Sibebe y de abrir un pequeño restaurante al pie de este coloso. África siempre invita a soñar.

La bajada va a ser aún más entretenida puesto que es posible encontrar angostas rendijas entre las enormes rocas, a través de las cuales nos sumergimos en una suerte de pasadizo a modo de cueva natural. Este laberinto en penumbra nos conduce a un maravilloso mirador sobre el cual encontramos a una pareja de jóvenes japoneses que se sorprenden al vernos salir de improviso por una de las oquedades de la pared. Tras una breve conversación, nos deseamos mutuamente suerte y emprendemos el regreso a través de la "highway", que afronta el descenso directamente por la línea de mayor pendiente. Aunque el agarre es bueno, andamos con precaución y pasos cortos haciendo un ejercicio de retención para no embalarnos, hasta que por fin respiramos aliviados cuando damos el último salto abandonando el gigante de granito. Sonreímos felices al ver a Darron sacar del maletero unas cervezas "Sibebe", por las que suspirábamos durante nuestros días en Bulembu....

Todavía nos quedarán algunos días más en el país para visitar las cataratas Mantenga en el río Lusushwana, conocer la montaña Execution Rock y su siniestro pasado, y fotografiar rinocerontes en la reserva natural de Mkhaya. Lo hacemos despacio, disfrutando de cada momento y con los relojes metidos en la mochila, tal y como Mseni nos repitió muchas veces durante nuestro viaje: "*No hurry in Swaziland...*".